ΣΟΦΊΑ

Revista Teosófica

Satyat nâsti pâro dharmah.

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

La Sociedad Teosófica no es responsable de las opiniones emitidas en los artículos de esta Revista, siéndolo de cada artículo el firmante, y de los no firmados la Dirección.

EN EL DÍA DEL LOTO BLANCO

CONSOLATORIAS

LA VOZ DEL MAESTRO

> Una suprema sensación de paz se apoderó de nosotros, arrodillados á su lado, sabiendo que todo había concluído.
>
> MISS L. COOPER: *Cómo nos dejó.*

TIENEN estas palabras catorce años de vida y serán perdurables y eternas por ser el más ingenuo y conmovedor relato de la muerte del más admirable maestro, de la más grande de las mujeres y del mejor de los enviados: nuestra amada maestra Helena Petrovna Blavatsky.

Murió en Mayo.

La tierra empezaba á caldearse y el frío, aquel frío tan cruel de aquel invierno que acababa de morir, se retiraba perezosamente á otras regiones.

La luz misma, degradándose por instantes hasta llegar á la indecisión de un crepúsculo, se amortiguó como si el sol se velase por una nube densísima.

Eran las dos de la tarde.

La enferma, animada por los últimos efluvios de vida, se incorporó sobre el lecho, y tanteando las ropas, deshaciéndose de ellas, sin ruído, sin estrépito, sin una contracción que delatase dolor alguno, se ofreció al nuevo reino tranquilísima y serena como el que entra en la paz.

Hace ya tiempo. Catorce años.

Sí; hace ya catorce que ha enmudecido su voz, y sin embargo, sin ruído humano se la oye y se la siente en sus escritos, donde queda toda la enseñanza y la revelación que ha podido dejarnos. Su voz es la voz de los muertos, de los grandes maestros, esa voz que se oye y se siente en los oídos cuando pasan los ojos del discípulo y del curioso por las páginas que nos quedan de los grandes directores.

Es un tono uniforme, sin ruído, raro, que no se oye precisamente dentro del cerebro, sino más bien en el pecho, como si hubiera un oído en el corazón, así como hay un ojo en el corazón de los tímidos, de los pobres que presienten, y de todos los que adivinan lo que no ven los avisados.

Hay un tono de voz muy bajo, muy imperceptible en las palabras escritas por los hombres; un tono de voz que creemos que es el tono de nuestra palabra interna y el ruído que mentalmente hacen nuestros labios en la lectura; pero ese tono es el ruído que tiene la palabra del que ha dictado las líneas que pasan bajo nuestros ojos.

No han enmudecido los muertos, ni enmudecen tampoco los que se alejan, porque queda para siempre en el ambiente la divina vibración de la palabra, se pronuncie ó se escriba para extenderla entre los hombres.

El pensamiento nace con un tono imperceptible para el mundo, pero siempre bastante sonoro para el espíritu. Los libros hablan, y escritos, hablan como las palabras habladas, como hablan las pinturas, como hablan todos los pensamientos de los hombres expresados por escrito ó por señales. Ese ruído no se oye reparando en los ruídos de la vida que vocea á nuestro lado, pero se oye dentro de nosotros en la lectura y en la contemplación callada de las cosas que llamamos erróneamente mudas.

En la admiración y en el asentimiento escuchamos las verdaderas palabras, y entonces conocemos el tono del escritor y del artista.

El acento, el timbre, subsiste y es perdurable, y pertenece

más al espíritu que á la vida; porque lo más personal de cada uno es el ruído personal de las ideas, ese ruído sin ruído, quedísimo y afono que producen para ponerse en movimiento y salir á la luz entre los hombres, como un perfume sonoro en la palabra, y como una estela luciente en la acción y el dibujo.

La voz de los muertos es perceptible aún y ha de serlo más adelante todavía mientras quede una línea de su enseñanza. Hay un ritmo interior, una armonía viva y palpitante en la palabra, en la palabra escrita, que no duerme en la cadencia y en el acento, sino dentro, más interiormente, en el íntimo significado de la palabra: en su alma.

La verdad es una eterna poesía, y una poesía que suena y que se oye, aunque no se pronuncie en voz alta, y sólo desfile ante los ojos como una palabra escrita y pase bajo los dedos como un cuerpo.

Toda la predicación á favor del silencio es una invitación á escuchar y percibir el purísimo sonido de la verdadera palabra del pensamiento y de las cosas. Y la palabra más baja que puede pronunciar un hombre es la más alta en que puede moverse un pensamiento, el mayor ruído de una idea que se mueve de un espíritu á otro espíritu.

El eco no es una segunda palabra, sino la misma y única palabra que se ha dicho, entrando y penetrando en lo perdurable. Es la misma palabra divinizada.

La voz del maestro suena aún y sonará siempre, porque la palabra ha sido proferida para eternizarse. En los primeros instantes no se habla, después se murmuran algunas palabras, y las gentes se separan llevando cada una en sus oidos el recuerdo y el eco de las palabras que se han dicho. Se dijeron para ésto, para no separarse nunca, para estar unidos á pesar de todas las distancias aparentes que separan á los cuerpos.

Nos quedan las palabras del maestro, pero no así de cualquier modo, mudas, escritas sin sonido, sino vivas, vibrantes, perceptibles aún.

Leed recogidos vuestros libros, pasad la vista sobre sus páginas y de nuevo vivirá ante vosotros la imagen del maestro *con su propia cara y con su propia voz.*

Una indagación paciente nos permite conocer la curva del estilo de los hombres. Hay palabras que el orador y el artista, el pensador y el poeta, repiten periódicamente de un modo casi

fatal y de por fuerza. Hay letras personales, peculiares á cada escritor, que no puede por menos de repetirlas en sus escritos; y así hay quien tiene preferencia por un estilo labial ó por una guturalidad manifiesta. Hay, en fin, una arquitectónica de las ideas, un método, un orden especial para verter los pensamientos que no se parece al método y al orden que observan los demás escritores. Pero hay, sobre todo, un tono, un acento, una palabra verdaderamente inefable é improferida, que se oye y percibe en cada estilo con un sonido personal y propio inconfundible con el tono y la palabra de los otros.

Aun las voces gemelas, las voces de familia y la tónica de las razas conservan su individualidad en cada hombre.

Esta voz es la que debe escucharse. Esta voz es la que se oye aunque no se profiera exteriormente en apariencia. La palabra escrita no está tan muerta y silenciosa como se cree. Lo que ocurre es que está callada y no se oye cuando no pasa ante los ojos y el espíritu del discípulo; y la palabra escrita duerme en el libro conservada en la tinta, como duerme en las huellas de un cilindro fonográfico mientras no se la despierta en el aparato para que todos la oigan.

El escrito habla alto, habla fuerte, como la voz pronunciada, y se oye como la voz; hay que poner de nuestra parte la caja vibradora é imprimir movimiento al cilindro y la palabra vuelve á ser lo que ha sido cuando dicha y lo que fué cuando callaba.

El silencio no es la mudez, sino el tono más bajo de las pabras y el más fuerte de las ideas. La música misma, más que ser el arte de combinar los sonidos, es la ciencia de rimar con el silencio, con todos los silencios; y hay más arte en las notas que no oímos, que van de una nota á otra nota perceptible, que en la diferencia y gradación de todas las que escuchamos en una obra. El alma y el genio de Wagner, como la de Beethoven ó Haydn, pasan por la armonía mental de los silencios de sus poemas, reventando en el estrépito de los sonidos.

Oímos nada más que el final de las palabras, pero hay muchas palabras en cada una. Vemos un movimiento como algo repentino y espontáneo, y no es en realidad sino el término de un proceso que ha empezado en lo infinito que se aproxima. Hace siglos, millares de siglos, toda una eternidad antes de la existencia.

No es tan difícil oir el silencio lejos de la ciudad, en la soledad del campo el silencio del mundo se nos ofrece como el eco más espiritual de todos los sonidos; y se siente, se escucha, se palpa. Se oye como oyen interiormente la música esos desmañados para la vida, que no pueden repetir una armonía porque no saben, ni pueden expresarla, aunque saben casi siempre corregirla.

Así, oímos la voz de los escritos y el tono de la palabra de los maestros; así, sin haberlos oído nunca, podemos asegurar infalibles que no hablaron de este modo, ni de aquél, ni de tal otro; que su palabra era más alta ó más baja, pero no así, ni de ese tono que se nos pone como ejemplo.

¿Cómo era su voz?

Su voz era como la nuestra, como es la nuestra cuando leemos en silencio sus escritos. Su voz tiene el tono que sentimos interiormente cuando llegamos á la admiración y al asentimiento ante sus páginas y ante sus obras. ¿Cómo estremecernos si no les oyésemos?

La voz no muere. La voz sigue hablando y se oye en cada uno de nosotros siempre que apliquemos el oído del corazón para escucharla en el al parecer inefable murmurio del silencio.

Se habla para siempre y constantemente. Y la voz de la madre, de la esposa, del maestro, del amigo y del hermano nos acompañan perdurablemente en nuestra vida interior, donde siempre uno de ellos sostiene un diálogo con nosotros.

Si alguno calla en el ruído y vocerío de la existencia, «una suprema sensación de paz se apodera de nosotros, que estamos arrodillados á su lado, sabiendo que todo ha concluído.» Y esa paz, que tan admirablemente ha señalado la Sra. Cooper, es la suprema atención á la última palabra del maestro.

Una palabra que aún oyen los que estaban cerca del lecho y que todos oímos y sabemos, aunque desmañados no sepamos repetirla.

¿Qué importa no haberla visto pronunciar si la oímos, si podemos oirla en nosotros siempre que la leamos con la pureza y respeto que merece?

LA ACCIÓN

Y analógicamente puede decirse de la acción y de la vida de todos los que enseñan y han enseñado lo que se ha dicho de la

voz de los maestros: que la acción es perpetua como la palabra.

En gran parte de la producción mundial se oye la voz de la autora de *Isis sin velo* y de *La Doctrina Secreta*, y la enseñanza teosófica ha penetrado y penetra más cada día en la exposición de las ciencias y de las artes. Ha llegado á la filosofía, al teatro, á la música, á las artes plásticas.

Porque su voz se extendió por todas partes.

Y su voz se tradujo en acción, en acción viva y benéfica entre nosotros. Hace tiempo también, mucho tiempo. Hace trece años que murió nuestro apóstol y su acción vive, porque la acción es un movimiento que se construye constantemente en el espacio.

Montolíu, D. Francisco Montolíu y de Togores, el fundador de SOPHÍA, el creador de los *Estudios Teosóficos*, hizo entre nosotros con su acción y su entusiasmo toda la obra que admiramos hoy y la que habrá de admirarse más adelante. Aquí, donde el entusiasmo por las letras no puede mantenerse por los jóvenes dos años seguidos en una revista; donde desfallecen todas las iniciativas de los pensadores y hombres de ciencia, porque no hay una tribuna verdaderamente libre para verter el pensamiento; donde, en fin, hasta el esfuerzo brutal de las fortunas bancarias y de un prestigio político, no dan á las apariencias religiosas y filosóficas una pulsicación permanente y durable, hizo Montolíu por su acción voluntaria y firmísima una tribuna y mil discípulos para ocuparla.

¡Qué de disgustos, de sinsabores, de amarguras!

La verdad venía en un idioma no conocido, en el más universal, sin embargo, y el entusiasta hubo de moderarse, de detenerse y empezar á estudiar como un niño. Y su infancia duró tres meses. En tres meses adquirió la palabra y aprendió por los que no sabían, por los que acaso no habrían de aprender jamás.

La locura verbal de Flaubert no es tan penosa como el trabajo que Montolíu se dió buscando la verdadera palabra para revelar la verdadera que ya existía. En la escritura de nuestras palabras podremos poner mucho arte, nos obligamos á ello; pero en la traducción de las palabras ajenas ¡cuánto hay que hacer! No basta comprender, hay que hacer comprender á los demás. En las palabras más simples está todo el genio de la lengua y

á veces hay palabras que son intraducibles para otra raza ó para otros hombres, porque no han sentido todavía aquella modernidad.

La acción lo venció todo. Y no quedó nada clásico—si puede decirse así—en las ideas teosóficas que no fuera comentado y traducido por la gran voluntad.

Al principio todo parecía extraño; luego fué loco, y finalmente fué dignificado por el enemigo como un peligro, como un mal, un diabolismo.

Y el hombre fué atacado por los suyos y en el último instante de su vida. Se quemaron sus papeles y se fingió por los propios en connivencia con los negros hijos de Loyola, una conversión que acabase con toda la acción.

¡Ilusos!

¿No se dice que el aleteo de un pájaro conmueve el universo para siempre? ¿Pues qué no hará la acción?

Todo se ha conmovido.

Un ojo experto podrá ver sobre un muro revivir todas las sombras de los cuerpos que han pasado delante de él, porque todos dejan una parte imperceptible, impalpable, tras de su cuerpo, en la sombra, por los lugares donde pasan.

Los hombres, además, nos deshacemos sobre la vida, entregando el espíritu en la palabra que se despeña constantemente de conciencia en conciencia, y entregando la carne poco á poco en la conducta, despeñándola en las sombras, en las líneas que trazamos en el andar por la tierra.

Sin esas transmisiones de la carne y de las mentes, ¿cómo fuera posible el amor y la fe?

Se da algo al pronunciar una palabra, y se entrega una parte de la carne en el simple contacto de las manos.

He aquí la enseñanza de los maestros y el supremo consuelo que nos cabe después de no verlos entre nosotros. Sus palabras siguen viviendo en la vida y sus cuerpos están todavía en el espacio.

Ha quedado una idea y una conducta.

Rafael URBANO

Los evangelistas de la muerte.

Hace años, uno de los mejores poetas del continente, Emilio Verhaeren, visitando nuestra patria con el ánimo entristecido y melancólico, como exige el sentir contemporáneo por el dolor y el sufrimiento ajeno, desde Irún á Sevilla no vió más que cuadros tenebrosos dibujados sobre el más obscuro de los tonos.

En todas partes, en todos los lugares y en todos los momentos de su viaje, sólo pudo recoger notas tristes y de duelo. Las viejas vascas le parecieron contemporáneas de la agonía del Cristo, mujeres doloridas todavía por la contemplación del gran sacrificio. Los disciplinantes de Logroño, los humildes de Castilla y de la Mancha, los juerguistas de Sevilla y de toda la comarca andaluza, hombres y mujeres que inútilmente se rebelan contra una pena infinita. *La España Negra,* esa España que vió el autor de *Las ciudades tentacularias,* le produjo una sensación deprimente y terrible y creyó que la muerte era sentida entre nosotros como un dolor, como un mal y una desgracia irreme diable.

No se puede viajar tan de prisa. Bien está que el poeta traslade con toda rapidez sus emociones en su obra para dotarla de la debida espontaneidad, pero bueno es que reflexione sobre ella para luego devolver á la vida la verdadera producción.

No nos amedrenta la muerte. Es antigua conocida nuestra. La muerte en España es amable y alegre, y cuando parece más triste se transforma en un generador de arte para elevar nuestros sentimientos sociales. En España toda la compasión española descansa sobre la idea de la muerte, de una muerte desgraciada y sin arte de nuestros semejantes. El honor castellano sobre la muerte descansa, y todo el empeño de los hidalgos es conquistarse un *bel morir,* ese *bel morir que tutta la vita onora,* no precisamente como entienden los italianos, cayendo artísticamente, á la romana, de un modo pagano, como Augusto ó Elio

Adriano, sino de un modo más reposado y grandioso, como mueren y han muerto los santos; con lucidez y sin énfasis.

Es la muerte para los hombres de nuestra raza una liberación suprema, una última transformación para nuestros sentidos actuales; pero no un término definitivo de la persona. «¡Ha muerto el rey! ¡Viva el rey!» no es una vana fórmula. Es el verdadero consuelo para esa muerte que no es precisamente lo último. Más orientales, á excepción de los rusos, que todos los europeos, los españoles vemos en la muerte el comienzo de un nuevo sér. Así, el culto al muerto se le tributa porque aún se le cree vivo y palpitante. Un niño nos daba una vez esta bella definición de los fantasmas: «Son unos vivos que se hacen los muertos para hacer daño.» En los cánones del Concilio de Illiberis, el Concilio más antiguo celebrado en la Península, ya se ponen trabas á esa animación que el pueblo atribuía á los muertos. Y los muertos, como séres animados, como no muertos, han desfilado por toda nuestra literatura como fantasmas, como algo vivo que no muere jamás.

El culto á los muertos fué lo más simpático que hallaron entre los chinos los antiguos viajeros españoles y portugueses cuando fueron al Asia. El culto al muerto subsiste aún y la prensa diaria nos refiere cómo por esos extravíos del sentimiento se detienen los cadáveres en las casas más tiempo de lo prescripto por las leyes de salubridad é higiene, y á veces nos relata cómo una madre fetichista ha cortado una mano ó un dedito al hijo de quien queda separada por la muerte.

Los grandes consuelos para el último trance se han derramado y se derraman entre nosotros bajo la razón suprema de que la muerte no existe, de que no es tan terrible como parece... Y jugando en apariencia con la vida se juega con la muerte, respetuosamente y de un modo religioso, como lo hacían los egipcios.

He aquí cuatro consoladores de la muerte, cuatro españoles que han trazado cada uno desde su tiempo el evangelio del último instante con las palabras más artísticas, reposadas y confortantes. Supriméndola, despojándola de sus mortajas negras y vistiéndola de blanco como á las vírgenes cristianas que se preparan para recibir al Señor.

Así es como suben nuestras almas cuando muere nuestro cuerpo, y así es como puede consolarse nuestra miserable condición de apegados á lo visible y perecedero.

No creo que en ninguna literatura haya cuatro páginas más hermosas sobre la muerte que las trazadas por estos hombres, coterráneos de aquélla que en un arrebato de amor divino suplicara la liberación última con estas frases que han dado la vuelta al mundo y serán tan eternas como la vida y tan eternas como la muerte:

Ven muerte, tan escondida,
Que no te sienta venir,
Porque el placer de morir
No me vuelva á dar la vida.

Si la muerte no fuese una vida mejor, ¿creéis que todas estas frases, todas estas enseñanzas, de una Teosofía inconsciente, nacional, se pudiera pedir como se pide y consolarla como se consuela?

He aquí ahora nuestros cuatro evangelios sobre la muerte:

DE LA MUERTE

SÉNECA

Morirás. Esto es naturaleza del hombre, no pena. *Morirás.* Con esta condición entré; de salir. *Morirás.* Derecho es de las gentes volver lo que recibiste. *Morirás.* Peregrinación es la vida; cuando hayas caminado mucho es forzoso volver. *Morirás.* Entendí decías alguna cosa nueva. Á esto vine, esto hago, á esto me llevan todos los días. La Naturaleza en naciendo me puso este término, ¿qué tengo de poderme quejar? Á esto me obligué. *Morirás.* Necedad es temer lo que no puede estorbarse. Esto no lo evita quien lo dilata. *Morirás.* Ni el primero ni el postrero. Muchos murieron antes de mí, todos después. *Morirás.* Este es el fin del oficio humano. ¿Qué soldado viejo se enojó de que le licenciasen? Adonde va el mundo voy yo. ¿Pues ignoro yo que soy animal racional mortal? Con esta condición se engendra todo. Lo que empezó se acaba. *Morirás.* ¿Por qué es molesto lo que se hace una vez? Conozco el caudal por ajeno, no por mío. Finalmente yo hice este concierto con el acreedor de que no puedo quejarme. *Morirás.* Mejor lo hicieron los dioses, pues nadie me puede decir que moriré que no sea mortal.

DON FRANCISCO DE QUEVEDO

Morirás. Fuera verdad entera si dijeras has muerto y mueres; lo que pasó lo tiene la muerte, lo que pasa la va llevando. *Mori-*

rás. Desde que nací lo sé, por eso lo espero y no lo temo. *Morirás*. No dices bien; dí que acabaré de morir y acertarás, pues con la vida empecé la muerte. *Morirás*. Dícesme lo que sé y callas lo que no sé, que es el cuándo. *Morirás*. Con todos hablas y todos te sacarán verdadero y tu vida á ti propio. *Morirás*. Si he vivido bien, empezaré á vivir; si mal, empezaré á morir. *Morirás*. No me alborota hacer lo que todos han hecho, y lo que todos harán. *Morirás*. Primero me lo dijo la Naturaleza. *Morirás*. Es vana amenaza, pues ninguno es tan necio que rehuse lo que hace: no hay hora que no muera. ¿Por qué he de temer lo que hago? ¿Por qué he de rehusar llegar á donde me llevo? *Morirás*. No viviera con esperanza de descansar si no esperara morir. *Morirás*. Con el propio contento que quien navega llega al puerto y quien peregrina á su patria. *Morirás*. Y los apetitos y vicios, si muero mozo, y las enfermedades y miserias, si muero viejo. *Morirás*. Y si muero dichoso, la envidia que me tienen, y si desdichado, la que yo tengo. *Morirás*. Y los cuidados y desvelos si soy rico, y el desprecio y las calamidades si soy pobre. *Morirás*. Si hablas con el cuerpo, no lo puedo excusar por la naturaleza; si con el ánima, te pueden desmentir las virtudes y la gracia. *Morirás*. Si hubiera alguno á quien no lo pudieras decir, me entristecieras. *Morirás*. No podré de otra manera seguir á muchos y ser seguido de todos. *Morirás*. No hay otro camino para pasar á vida sin muerte. Mientras lo dijeres á todos no podrás mentir, y no hay en todos uno en quien no puedas mentir, si le dijeres que vivirá.

DON FRANCISCO ARIAS CARRILLO

Morirás. ¡Mira qué lejos está de ser daño el morir! Si se le concediera á pocos sería privilegio. *Morirás*. No lo escucho como amenaza terrible, sino como recuerdo saludable: voz es que me avisa y no grita que amedrenta. *Morirás*. Si la vida es destierro, morir no es otra cosa que cumplirse el destierro de la vida. *Morirás*. Aguardaré para morir á la muerte: no quiero morirme de miedo de la muerte; moriré de mortal, no de cobarde. *Morirás*. Si no me quejo de la naturaleza porque no me hizo tan veloz como la onza, tan robusto como el toro, tan esforzado como el león, ni tan perspicaz como el lince. ¿Por qué me quejaré de que no me haya hecho inmortal como el Ángel? *Morirás*. Deseo fué de muchos. Yo sufriré conforme lo que otros desearon impacientes. Bien podré sufrir lo que otros quisieron gozar. *Morirás*. A la memoria de la muerte me debo conceder, al temor de la muerte me procuro resistir; éste desazona la vida, aquélla la corrige; mejor es la memoria de la muerte que la vida; peor es el temor de la muerte que la muerte. *Morirás*. No me ofendo de vivir, porque es beneficio; ni me ofendo de morir, porque no es agravio.

Morirás. La muerte no es destrucción, sino partida. *Morirás*. Muchas razones tengo para creerlo, y una me socorre casi siempre para no ocultarlo. ¿Sabes cuál es? El juzgar que la muerte no es ruina, sino otra edad del hombre como la adolescencia ó la virilidad. *Morirás*. Si mi vida ha sido virtuosa será mi muerte principio de un dichoso vivir; si ha sido relajada, lo mortal de la culpa me tendrá muerto aun antes de morir. *Morirás*. Y aún acabará en mí la disputa de los humores, la altercación de las cualidades, la porfía de los Elementos. *Morirás*. ¿Cuántos buscaron la muerte por remedio para sanar la vida? La vida es una enfermedad que no se puede curar si no es con la muerte. *Morirás*. Si he temido á Dios no temeré el morir. Si no he temido á Dios, ¿por qué temeré el morir?—dijo un sabio. *Morirás*. ¿Y qué cosa es la vida sino un soplo, que más veces que respiración es anhelo? *Morirás*. Muchos, aconsejados del interés; muchos, persuadidos de la ambición, deseo de la fama, fueron á galantear la muerte; yo ni seré tan osado que la busque, ni tan cobarde que la tema, ni me hallará temblando la muerte ni me enojaré con la vida. *Morirás*. Y dejaré de sentir la ley de los miembros, que repugna á la ley de la mente, en cuya discordia la carne desea contra el espíritu y el espíritu contra la carne. Milicia es la vida del hombre sobre la tierrra; si milicia es la vida, paz es la muerte. La unión de cuerpo y alma en que consiste el vivir no es abrazo de amistad, sino de lucha. Cuando llegue á desatarla el morir salgo de un obstinado combate. *Morirás*. Aun cuando el morir sea el más terrible de los males, también será el fin de ellos. *Morirás*. Tantas y tales penas ahogan la vida, que muchos tuvieron por desesperación no matarse, sino el vivir.

DON DIEGO DE TORRES VILLARROEL

Morirás. Si es aviso, para los dos es; si consejo, para ti y para mí; si amenaza, para entrambos, y si noticia, para el uno y para el otro; y á mi conocimiento todo llega tarde, porque desde que vi el primer difunto me estoy contando con los muertos, y á la tierra que me sufre la halago como mi madre y la miro como tumba. *Morirás*. Moriré ó me matará el médico, un puñal, una pedrada ó un sartenazo. *Morirás*. Todos nos acabamos á un tiempo; yo salgo del mundo y á la misma hora sale todo el mundo de mí. *Morirás*. Esa pesadumbre para el necio que piensa que vive, no para quien asienta su muerte desde el día primero de su vida. *Morirás*. Si es en gracia, angelitos al Cielo; si en pecado, será mi condenación, y entonces podrás decir con verdad que moriré. *Morirás*. Te engañas, que soy inmortal, porque yo soy mi alma y no mi cuerpo. Desnudarse de la carne no es morir. *Morirás*. Susténtame entretanto. *Morirás*. Con esa moneda hemos todos de pagar esta posada. *Morirás*. En haciéndolo una vez no me lo volverás á decir otra. *Morirás*. Negarlo es locura,

resistirlo, desesperación. *Morirás*. El morir no lo temo, el después me tiene con cuidado. *Morirás*. Para el hereje es pérdida y horror; para mí puede ser gloria y ganancia. *Morirás*. Más me admira lo que vivo que lo que muero. *Morirás*. Los niños tiernos, las doncellas blandas, y los reyes regalados, y los Papas venerables se mueren; pues desvergonzada cobardía es temer lo que pasa por los Papas, por los reyes, por las doncellas y por los niños. *Morirás*. Si piensas que lo dudo ofendes á Dios, porque le niegas en mí el discurso que me dió de hombre y su semejanza. *Morirás*. Por no estar conmigo mejoraré de fortuna en la muerte. *Morirás*. Gracias á Dios que oigo una verdad en tu boca. *Morirás*. Muera, para luego es tarde: de cristiano y de curioso deseo morir: de cristiano por empezar á vivir, de curioso porque ya deseo saber cómo se muere. *Morirás*. Y tú también. *Morirás*. Pues por si no nos volvemos á ver, adiós, amigo. *Morirás*. Pues Dios me perdone, y á ti, cuando de este mundo vayas.

* * *

GUÍA ESPIRITUAL

POR EL DOCTOR MIGUEL DE MOLINOS, PBRO.

(CONTINUACIÓN)

CAPÍTULO XI

SE DECLARA QUÉ COSA SEA RECOGIMIENTO INTERIOR, Y CÓMO SE HA DE PORTAR EL ALMA EN ÉL, Y EN LA ESPIRITUAL GUERRA CONQUE EL DEMONIO PROCURA PERTURBARLA EN AQUELLA HORA.

64. El recogimiento interior es fe y silencio en la presencia de Dios. Por aquí te has de habituar á recogerte en su presencia con una atención amorosa, como quien se entrega y une á Dios con reverencia, humildad y sumisión, mirándole dentro de sí misma en lo más íntimo de tu alma, sin forma, especie, modo, ni figura, en vista y general noticia de fe amorosa y obscura, sin alguna distinción de perfección ó tributo.

65. Allí estarás con atención y vista sencilla, con advertencia tranquila y llena de amor á Dios, resignándote y entregándote en sus manos para que disponga y ordene en ti según su beneplácito, sin hacer reflexión á ti misma, ni aun á la misma perfección. Allí cerrarás los sentidos, poniendo en Dios el cuidado de todo tu bien, con una soledad y total olvido de todas las cosas de esta vida. Finalmente, la fe ha de ser pura, sin imáge-

nes ni especies, sencilla, sin discursos y universal, sin reflexión de cosas distintas.

66. La oración de recogimiento interior está figurada en aquella lucha que dice la Escritura tuvo toda la noche con Dios el Patriarca Jacob, hasta que salió la luz del día y le bendijo; porque ha de perseverar y luchar con las dificultades que sintiere en el recogimiento interior, sin desistir hasta que le amanezca la luz y el Señor la dé su bendición.

67. Aún no bien te habrás entregado á tu Dios en este interior camino, cuando todo el infierno se conjurará contra ti; porque una sola alma recogida interiormente en su presencia hace más guerra á los enemigos que mil de las otras que caminan exteriormente, porque saben la infinita ganancia de un alma interna.

68. Más estimará Dios en el tiempo del recogimiento la paz y resignación de tu alma, en la variedad de pensamientos impertinentes, importunos y torpes, que los buenos propósitos y grandes sentimientos. El propio esfuerzo que harás para resistir los pensamientos sabe que es impedimento y dejará á tu alma más inquieta: lo que importa es despreciarlos con suavidad, conocer tu miseria y ofrecer á Dios con paz la molestia.

69. Aunque no puedas salir del afán de los pensamientos, ni sientas voz, consuelo, ni espiritual sentimiento, no te aflijas ni dejes el recogimiento, porque son asechanzas del enemigo: resígnate entonces con fortaleza, padece con paciencia y persevera en su preferencia, que mientras de esta manera perseverares se aprovecha interiormente tu alma.

70. Pensarás, por salir seca de la oración, de la misma manera que la comenzaste, que es falta de preparación, y que no sacas fruto es seguro, porque el fruto de la verdadera oración no está en gustar de la luz, ni tener noticia de las cosas espirituales; pues éstas se pueden hallar en el entendimiento especulativo, sin la verdadera virtud y perfección; sólo está en padecer con paciencia y perseverar en fe y silencio, creyendo estás en la presencia del Señor, volviendo á tu corazón con quietud y pureza de intención, que mientras de esta manera perseverares, tienes la única preparación y disposición que en este tiempo necesitas y cogerás infinito fruto.

71. Es muy ordinaria la guerra en este interior recogimiento. Dios por una parte te privará de la sensibilidad para probarte, humillarte y purgarte. Por otra te acometerán los enemigos invisibles con continuas sugestiones para inquietarte y estorbarte. Por otra te atormentará la misma naturaleza, enemiga siempre del espíritu, que en privándola de los gustos sensibles se queda floja, melancólica y llena de tedio, de manera que siente el infierno de todos los espirituales ejercicios, y especialmente en el de la oración, y así lo aflige sobre manera el deseo de acabarla, por la molestia de los pensamientos, por el

cansancio del cuerpo, por el sueño importuno y no poder refrenar los sentidos, que cada uno por su parte quisiera seguir sin gustos. ¡Dichosa tú si en medio de este martirio perseveras!

72. Acredita todo esto, con su celestial doctrina, aquella gran doctora y mística maestra, Santa Teresa, en la Epístola que escribió al Obispo de Osma para instruirle cómo se había de portar en la oración y en la variedad de pensamientos importunos que acometen en aquella hora, donde dice: «Es menester sufrir la importunidad del tropel de pensamientos é imaginaciones importunas ó ímpetus de movimientos naturales, así del alma por la sequedad y desunión que tiene, como del cuerpo por la falta del rendimiento que al espíritu ha de tener.» (Epístola 8.)

73. Estas llaman sequedades los espirituales; pero muy provechosas si se abrazan y sufren con paciencia. El que se enseñare á padecerlas sin rehusarlas sacará infinito provecho de este trabajo. Es cierto que en el recogimiento se desata mucho más el demonio con el combate de pensamientos para desbaratar la quietud del alma y apartar la de aquel dulcísimo y segurísimo trato interior, poniéndola horror para que la deje, yendo á ella, las más de las veces como si la llevasen á un tormento rigurosísimo.

74. Con este conocimiento dijo la Santa en la carta referida: «Las aves, que son los demonios, pican y molestan al alma con las imaginaciones y pensamientos importunos y los desasosiegos que en aquella hora trae el demonio, llevando el pensamiento y derramándolo de una parte á otra; y tras el pensamiento se va el corazón, y no es poco el fruto de la oración sufrir estas molestias é importunidades con paciencia; esto es ofrecerle en holocausto, que es consumirse todo el sacrificio en el fuego de la tentación, sin que de allí salga cosa de él.» Véase cómo alienta esta celestial Maestra á sufrir y padecer los pensamientos y tentaciones, porque mientras no se consientan doblan la ganancia.

75. Tantas cuantas veces te ejercitaras en arrojar con suavidad estos vanos pensamientos, otras tantas coronas te pone el Señor en la cabeza, y aunque te parece no haces nada, desengáñate, que agrada al Señor mucho un buen deseo con firmeza y estabilidad en la oración.

76. «Porque el estar allí—concluye la santa—sin sacar nada, no es tiempo perdido, sino de mucha ganancia, porque se trabaja sin interés y por sólo la gloria de Dios, que aunque le parece que trabaja en balde, no es así, sino que acontece como á los hijos que trabajan en las haciendas de sus padres, que aunque á la noche no llevan jornal, al fin del año lo llevan todo.» Mira cómo califica la santa nuestra enseñanza con su preciosa doctrina.

CAPÍTULO XII

PROSIGUE LO MISMO

77. No ama Dios más al que más hace, al que más siente, ni al que muestra más afecto, sino al que más padece, si adora con fe y reverencia creyendo que está en la divina presencia. Es verdad que el quitarle al alma la oración de los sentidos y de la naturaleza le es riguroso martirio; pero el Señor se alegra y se goza en su paz, si así se está quieta y resignada. No quieras en este tiempo usar la oración vocal, porque aunque en sí es buena y santa, usarla entonces es declarar la tentación, con la cual pretende el enemigo no te hable Dios al corazón, con pretexto de que no tienes sentimientos y que pierdes el tiempo.

78. No mira Dios las muchas palabras, sino al fin si es purificado. Su mayor contento y gloria en aquel tiempo es el ver al alma en silencio, deseosa, humilde, quieta y resignada. Camina, persevera, ora y calla, que no hallarás sentimiento, hallarás una puerta para entrarte en tu nada, ni aun tener un buen pensamiento.

79. Cuantos han comenzado este dichoso trato de la oración y recogimiento interior y lo han dejado, tomando por pretexto el decir que no sienten ningún gusto, que pierden el tiempo, que los pensamientos les turban, que no es para ellos la oración, porque no hallan ningún sentimiento de Dios, ni pueden discurrir, pudiendo creer, callar y tener paciencia; todo lo cual no es otra cosa que con ingratitud ir á caza de los sensibles gustos, dejándose llevar del amor propio, buscándose á sí mismos y no á Dios, por no padecer un poco de pena y sequedad, sin atender á la infinita pérdida que hacen; pues por un mínimo acto de reverencia hecho á Dios en medio de la sequedad, reciben un eterno premio.

80. Dijo el Señor á la venerable madre Francisca López, valenciana, beata del tercer orden de San Francisco, tres cosas de mucha luz sobre el recogimiento interior. La primera, que más aprovechaba al alma un cuarto de hora de oración con recogimiento de los sentidos y potencias y con resignación y humildad, que cinco días de ejercicios penales, de cilicios, disciplinas, ayunos y dormir en tablas; porque todo es afligir el cuerpo, y con el recogimiento se purifica el alma.

81. La segunda, que más le agrada á Su Majestad el darle el ánima en quieta y devota oración una hora que el ir á grandes peregrinaciones y romerías, porque en la oración aprovecha á sí y á aquéllos por quien ora, es de grande regalo á Dios y merece gran peso de la gloria; y en la peregrinación de ordinario se distrae el alma y derrama el sentido, enflaqueciéndole la virtud sin otros peligros.

82. La tercera, que la oración continua era tener siempre entregado el corazón á Dios, y que para ser un alma interior había de caminar más con el afecto de la voluntad que con la fatiga del entretenimiento. Todo se halla en su vida. (Tomo II de la *Crónica de San Juan Bautista. Religiosos franciscos descalzos,* fol. 687.)

83. Tanto cuanto el alma goza del amor sensible, tanto menos se goza Dios en ella; y al contrario, cuanto menos se goza el alma de este sensible amor, tanto más se goza Dios en ella. Y sabe que fijar en Dios la voluntad con la repulsa de pensamientos y tentaciones, con la mayor quietud que se puede, es alto modo de orar.

84. Concluiré este capítulo desengañándote del común error de los que dicen que en este interior recogimiento ú oración de quietud no obran las potencias y que está ociosa el alma sin ninguna actividad; es engaño manifiesto de poco experimentados, porque si bien no obra la memoria ni la segunda operación del sentimiento juzga, ni la tercera discurre, obra la primera y más principal operación del entendimiento por la simple aprehensión, ilustrado por la santa fe y ayudado de los distintos dones del Santo Espíritu: Y la voluntad atiende más á continuar un acto que á multiplicar muchos; si bien, así el acto del entendimiento como el de la voluntad, son tan sencillos, imperceptibles y espirituales, que apenas el alma los conoce ni menos reflecta ó los mira.

CAPÍTULO XIII

LO QUE DEBE HACER EL ALMA EN EL INTERIOR RECOGIMIENTO

85. Has de ir á la oración á entregarte del todo en las divinas manos con perfecta resignación, haciendo un acto de fe creyendo estás en la divina presencia, quedándote después en aquel santo ocio con quietud, silencio y sosiego, procurando continuar todo el día, todo el año y toda la vida en aquel primer acto de contemplación por fe y amor.

86. No has de ir á multiplicar estos actos ni á repetir sensibles afectos, porque impiden la pureza del acto espiritual y perfecto de la voluntad; pues á más de ser imperfectos estos suaves sentimientos (por la reflexión con que se hacen, por la satisfacción propia y consuelo exterior con que se buscan, saliéndose fuera del alma á las exteriores potencias) no hay necesidad de renovarlos, como dijo muy bien el místico Falconi en el siguiente símil:

87. «Si se diese á un amigo una rica joya, entregada una vez no hay necesidad de repetir la entrega diciéndole cada día: *Señor, aquella joya os doy; señor, aquella joya os doy,* sino dejársela estar allá y no querérsela quitar, porque mientras no se le quite ó desee quitar siempre se le tiene dada.»

88. Del mismo modo hecha una vez la entrega y resignación amorosa en la voluntad del Señor, no hay sino continuarla, sin repetir nuevos y sensibles actos, mientras no le quites la joya de la entrega haciendo algo grave contra su divina voluntad, aunque te ejercites por afuera en obras exteriores de tu vocación y estado, porque en ellos haces la voluntad de Dios y andas en continua y virtual oración. Siempre ora—dijo Teofilato—el que hace cosas buenas, ni deja de orar sino cuando deja de ser justo.

89. Debes, pues, despreciar todas estas sensibilidades, para que tu alma se establezca y haga el hábito interior del recogimiento, el cual es tan eficaz, que sola la resolución de ir á la oración desvela una viva presencia de Dios, la cual es la preparación de la oración que se va á hacer, ó por mejor decir, no es otra cosa que una continuación más eficaz de la oración continua, en la cual debe establecerse el contemplativo.

90. ¡Qué bien practicó esta lección la venerable madre de Cantal, hija espiritual de San Francisco de Sales y fundadora en Francia de la Orden de la Visitación!, en cuya vida (fol. 92) se hallan las siguientes palabras, escritas á su santo maestro: «Carísimo padre: Yo no puedo hacer acto alguno, siempre me parece que esta disposición es más firme y segura; mi espíritu en la parte superior se halla en una simplicísima unidad; no se une porque cuando quiere hacer actos de unión (lo que procura muchas veces) siente dificultad y claramente conoce que no puede unirse, sino estar unido. Quisiera servirse el alma de esta unión para ejercicio de la mañana, de la santa misa, preparación á la comunión y de nacimiento de gracias; y finalmente, quisiera para todas las cosas estar siempre en aquella simplicísima unidad de espíritu, sin mirar á otra cosa.» A todo esto responde el santo maestro aprobándolo y persuadiéndola á que continue, acordándola que el reposo de Dios está en la paz.

91. En otra ocasión escribió al mismo santo estas palabras: «Moviéndome á hacer actos más especiales de mi sencilla vista, total resignación y aniquilación en Dios, su infinita bondad me respondió y dió á entender que ésto sólo procedía de mi misma, y que con ello ofendía á mi alma.» (*En su vida*, fol. 92.)

92. Con lo cual te desengañarás y conocerás cuál es el perfecto y espiritual modo de orar, y quedarás advertida de lo que debes hacer en el recogimiento interior, y sabrás qué importa para que el amor sea perfecto y puro, cercenar la multiplicación de los sensibles y fervorosos actos, quedándose el alma quieta y con reposo en aquel silencio interno. Porque la ternura, la dulzura y los suaves sentimientos que siente el alma en la voluntad no es puro espíritu, sino acto mezclado con lo sensible de la naturaleza. Ni es amor perfecto, sino sensible gusto el que embaraza y daña al alma, según dijo el señor á la venerable madre de Cantal.

93. ¡Qué dichosa será tu alma y qué bien empleada estará si

se entra dentro y se está con su nada allá en el centro y parte superior, sin advertir lo que hace; si está recogida ó no; si la va bien ó mal; si obra ó no obra; sin mirar, ni cuidar, ni atender á cosa de sensibilidad! Entonces cree el entendimiento con acto puro y ama la voluntad con amor perfecto, sin género de impedimento, imitando aquel acto puro y continuado de contemplación y amor que dicen los santos tienen los bienaventurados en el cielo, sin más diferencia que verle ella allá cara á cara y aquí el alma con el velo de la fe obscura.

94. ¡Oh, qué pocas son las almas que llegan á este perfecto modo de orar, por no penetrar bien este interior recogimiento y silencio místico, y por no desnudarse de la imperfecta reflexión y sensible gusto! ¡Oh, si tu alma se arrojase sin cuidadosa advertencia aun de sí misma á aquel santo y espiritual ocio y dijese con San Agustín: *Sileat anima mea et transeat se, non se cogitando!* (*En sus confesiones*, lib. IX, cap. 10). Calle y no quiera hacer ni pensar en nada mi alma, olvídese de sí misma y anéguese en esa fe obscura: ¡qué segura y qué ganada estaría, aunque le parezca por verse en la nada que está perdida!

95. Corone esta doctrina la epístola que escribió la ilustrada madre de Cantal á una gran sierva de Dios: «Concediéndome la divina bondad — dice la iluminada madre — esta manera de oración, que con una sencilla vista de Dios me sentía en él toda entregada, embebida y sosegada, continuóme siempre esta gracia, aunque por mi infidelidad me haya opuesto, dando lugar al temor y creyendo ser inútil en este estado, por cuya causa, queriendo yo por mi parte hacer alguna cosa, lo echaba á perder todo y aun de presente me siento tal vez combatida del mismo temor, si bien no es en la oración, sino en los otros ejercicios, en los cuales quiero yo siempre obrar un poco, haciendo actos, aunque conozco muy bien que haciéndola salgo de mi centro y veo con especialidad que esta sencilla vista de Dios es también mi único remedio y ayuda en todos mis trabajos, tentaciones y sucesos de esta vida.

96. »Y ciertamente, si yo quisiese seguir mi impulso interno no usaría otro medio en todas las cosas, sin excepción de ninguna; porque cuando pienso fortificar mi alma con actos, discursos y resignaciones, entonces me expongo á nuevas tentaciones y trabajos. A más, yo no lo puedo hacer sin gran violencia, la cual me deja á secas; y así me es necesario volver con presteza á esta sencilla resignación, conociendo que Dios me hace ver en este modo que él quiere que totalmente se impidan las operaciones de mi alma, porque su divina actividad lo quisiera obrar todo. Y por ventura no quiere de mí otra cosa que esta única vista en todos los espirituales ejercicios, en todas las penas, tentaciones y aflicciones que me pueden suceder en esta vida. Y es la verdad que cuanto más tengo mi espíritu quieto con este medio, tanto mejor me sale todo, desvaneciéndose

luego todas mis aflicciones. Y mi beato padre San Francisco de Sales me lo aseguró muchas veces.

97. »Nuestra difunta madre superiora me estimulaba á estar firme en esta vía y á no temer nada en esta sencilla vista de Dios; decíame que esto bastaba y que cuanto mayor es la desnudez y quietud en Dios mayor suavidad y fuerza recibe el alma, la cual debe procurar ser tan pura y sencilla que no tenga más apoyo que un sólo Dios.

98. »A este propósito se me ofrece que pocos días hace me comunicó Dios una luz, la cual se me estampó de manera como si desnudamente lo viera; y es que yo no debo jamás mirarme á mí misma, sino caminar á ojos cerrados, apoyada en mi amado, sin querer ver ni saber el camino por el cual me guía, ni pensar en nada, ni aun pedirle gracias, sino estarme sencillamente toda perdida en El.» Hasta aquí aquella mística é ilustrada Maestra con cuyas palabras se acredita nuestra doctrina.

CAPÍTULO XIV

SE DECLARA COMO PUESTA EL ALMA EN LA PRESENCIA DE DIOS, CON PERFECTA RESIGNACIÓN POR EL ACTO PURO DE FE, VA SIEMPRE EN LA ORACIÓN Y FUERA DE ELLA EN VIRTUAL Y ADQUIRIDA CONTEMPLACIÓN.

99. Dirásme, como me han dicho muchas almas, que hecha la entrega de mí misma con perfecta resignación en la presencia de Dios, por el acto puro de fe ya referido, que no mereces ni aprovechas, porque el pensamiento se divierte de manera especialmente fuera de la oración, que no puede estar fijo en Dios.

100. No te desconsueles, porque no pierdes el tiempo, ni el mérito, ni dejas tampoco de estar en oración; porque no es necesario que en todo aquel tiempo del recogimiento estés pensando actualmente en Dios; basta haber tenido la atención al principio, mientras no te diviertas de propósito ni revoques la actual intención que tuviste. Como el que oye misa y reza el divino oficio, que cumple muy bien con su obligación, en virtud de aquella primera intención actual, aunque después no persevere teniendo actualmente fijo el pensamiento en Dios.

101. Así lo asegura con las siguientes palabras el angélico doctor Santo Tomás: *Sólo aquella primera intención y pensamiento en Dios que al principio tuvo el que ora, tiene valor y fuerza para todo lo demás del tiempo, sea verdadera oración impetratoria y meritoria, aunque todo ese tiempo demás que dura la oración no haya actual consideración en Dios.* (2-2 qu. 82 artículo 13, ad. I.) Mira si puede el santo hablar más claro á nuestro intento.

102. De manera que siempre dura la oración—dice Santo Tomás—aunque ande vagueando con infinitos pensamientos la

imaginación, si no los quiere ni deja el lugar ni la oración, ni muda su primera intención de estar con Dios. Y es cierto que no lo muda mientras no deja el lugar; conque se infiere en buena doctrina que persevera en la oración, aunque la imaginativa ande revolando con varios é involuntarios pensamientos. «En espíritu y en verdad—dice el Santo en el lugar citado—ora el que va á la oración con el espíritu é intento de orar, aunque después por su flaqueza y miseria ande vagueando con el pensamiento: *Evagatio vero mentis quæ sit praeter propositum, orationis fructum non tollit*.

103. Pero me dirás que por lo menos no te has de acordar en aquel tiempo de que estás en la presencia de Dios, diciéndole muy de ordinario: *Vos, Señor, estáis dentro de mí, y quisiera darme toda á Vos*. Respondo que no hay necesidad, porque tú tienes voluntad de hacer oración, y á ese fin fuiste á aquel lugar. La fe y la intención te basta, y esas siempre perseveran, y cuanto más sencilla es esta memoria sin palabras ni pensamientos, tanto es más pura, espiritual, interior y digna de Dios.

104. ¿No sería despropósito y respeto si estando en la presencia del Rey le dijeses de cuando en cuando: *Señor, no creo que está aquí vuestra majestad?* Esto mismo es lo que sucede; por el ojo de la pura fe ve el alma á Dios, le cree y está en su presencia, y así cuando el alma cree no tiene necesidad de decir: *Mi Dios, Vos estáis aquí*, sino de creer como cree, pues en llegando el tiempo de la oración la fe y la intención le gustan y llevan á contemplar á Dios por medio de la pura fe y perfecta resignación.

105. De suerte que mientras no retractes esa fe é intención de estar resignada, siempre dudas en fe y en resignación, y por consiguiente, en oración y virtual y adquirida contemplación, aunque no lo sientas, ni hagas memoria, ni nuevos actos, ni reflexión. Como el cristiano, la casada y el religioso, que aunque no hagan nuevos actos, ni recuerdos, el uno por la profesión, diciendo: yo soy religioso. La otra, por el matrimonio, diciendo: yo soy casada. Y el otro por el bautismo, diciendo: yo soy cristiano, no por eso dejan de estar siempre bautizado el uno, casada la otra y profeso el otro. Sólo estarán obligados, el cristiano á hacer buenas obras en prueba de su fe, y á creer más con los efectos que con las palabras. La casada á dar señales de la fidelidad que prometió á su esposo; el religioso, de la obediencia que ofreció á su superior.

106. De la misma manera el alma interior resuelta una vez á creer que Dios está en ella, y á resignarse, y á no querer, ni obrar sino por Dios y á la presencia de Dios, se debe contestar con esa su fe é intención de todas sus obras y ejercicios, sin formar ni repetir nuevos actos de esa fe, ni de esa resignación.

CAPÍTULO XV

PROSIGUE LO MISMO

107. No solamente sirve esta verdadera doctrina para el tiempo de la oración, sino también para después de ella, de noche, de día y á todas horas y en todos los ejercicios cuotidianos de tu vocación, obligación y estado. Y si me dijeres que muchas veces no te acuerdas entre día de renovar la resignación, respondo que aunque parece que te diviertes de ella por atender á tus ocupaciones cuotidianas de tu oficio, como estudiar, leer, predicar, comer, beber, negociar y otras semejantes, te engañas, que no por eso sales de ella ni dejas de hacer la voluntad de Dios ni de andar en virtual oración, como dice Santo Tomás.

108. Porque todas esas ocupaciones no son contra su voluntad ni contra su resignación; porque es cierto quiere Dios que comas, estudies, trabajes, negocies, etc., y así, por atender á esos ejercicios, que son de su voluntad y agrado, no sales de su presencia ni de tu resignación.

109. Pero si en la oración ó fuera de ella te divirtieses y distrayeres voluntariamente, dejándote llevar de alguna pasión con advertencia, será bien entonces volverte á Dios y á su divina presencia, renovando el puro acto de fe y de resignación; pero no hay necesidad de hacer esos actos cuando te hallares con sequedad, porque la sequedad es buena y santa y no puede, por más rigurosa que sea, quitarle al alma la divina presencia que está en la fe establecida. Jamás has de llamar á la sequedad distracción, porque en los principiantes es falta de sensibilidad y en los aprovechados es abstracción, por cuyo medio si la abrazas con constancia, estándote quieta en tu nada, se interiorizará tu alma y obrará el Señor en ella maravillas.

110. Procura, pues, desde que sales de la oración hasta que vuelvas á ella no distraerte ni divertirte, sino andar resignada totalmente en la voluntad de Dios para que haga y deshaga de ti y de todas tus cosas según su divino beneplácito, fiándote de Él como de amoroso padre. No revoques jamás intención, y aunque te ocupes en las obligaciones del estado en que Dios te ha puesto, andarás siempre en oración, en la presencia de Dios y en perpetua resignación. Por eso dijo San Juan Crisóstomo: *El justo no deja de orar si no es que deje de ser justo; siempre ora el que siempre obra bien, y el buen deseo es oración; y si es continuo el deseo es también continua la oración. (Super 5, ad.,* Thesalom.)

111. Todo lo entenderás con este claro símil. Cuando una persona comienza á caminar para ir á Roma, todos los pasos que da son voluntarios; y con todo eso no es necesario que á cada paso manifieste su deseo ni haga nuevo acto de la voluntad diciendo:

Quiero ir á Roma, voy á Roma; porque en virtud de aquel primer acto que tuvo de caminar á Roma persevera siempre en él la voluntad de manera que camina sin decirlo, aunque no camina sin quererlo. Y aún experimentarás claramente que este caminante con sólo un acto de voluntad y un querer camina, habla, oye, ve, come y discurre y hace otras diversas operaciones, sin que éstas le interrumpan la primera voluntad ni aun el actual caminar á Roma.

112. De la misma manera pasa en el alma contemplativa; hecha una vez la determinación de hacer la voluntad de Dios y de estar en su presencia, se mantiene continuamente en ese acto mientras no le revoque, aunque se ocupe en oir, hablar, comer y cualesquiera otras buenas obras y ejercicios exteriores de su vocación y estado. Todo lo dijo en pocas palabras Santo Tomás de Aquino: *Non enim oportet quod qui propter Deum aliquod iter arripuit, id qualibet parte itineris de Deo cogitet actu. (Contra Gentil,* lib. III, c. 138, núm. 2 y 3).

113. Dirás que todos los cristianos van en este ejercicio porque todos tienen fe y pueden, aunque no sean interiores, ejecutar esta doctrina, especialmente los que caminan por el exterior camino de meditación y discurso. Es verdad que tienen fe todos los cristianos y con especialidad los que meditan y consideran; pero la fe de los que caminan por la vía interior es muy diferente, porque es fe pura, universal é indistinta y, por consiguiente, más práctica, más viva, eficaz é ilustrada; porque el Espíritu Santo alumbra más al alma más dispuesta, y siempre lo está más la que tiene recogido el entendimiento, porque á la medida del recogimiento alumbra el divino Espíritu. Y aunque es verdad que en la meditación comunica Dios alguna luz, pero es tan escasa y diferente de la que comunica al entendimiento recogido en fe pura y universal, como la que hay de dos ó tres gotas de agua á la de un mar, porque en la meditación se le comunican una, dos ó tres verdades particulares; pero en el recogimiento interior y ejercicio de fe pura y universal es un mar de abundancia, la sabiduría de Dios que se le comunica en aquella obscura, simple, general y universal noticia.

114. Es también la resignación más perfecta en estas almas, porque nace de la interior é infusa fortaleza, la cual crece al paso que se continúa el interior ejercicio de la fe pura, con silencio y resignación. A la manera que crecen los dones del Divino Espíritu en las almas contemplativas, que aunque se hallan también estos divinos dones en todos los que están en gracia, pero son como muertos y sin fuerza y con casi infinita diferencia de aquellos que reinan en los contemplativos por su ilustración, viveza y eficacia.

115. Por donde te desengañarás que el alma interior que tiene el hábito de ir cada día á sus horas señaladas á la oración con la fe y resignación que te he dicho va continuamente en la

presencia de Dios. Esta importante y verdadera doctrina la enseñan todos los experimentados y místicos maestros, porque todos tuvieron un mismo maestro que es el Divino Espíritu.

CAPÍTULO XVI

MODO CON QUE SE PUEDE ENTRAR EN EL RECOGIMIENTO INTERIOR POR LA SANTÍSIMA HUMANIDAD DE CRISTO NUESTRO SEÑOR.

116. Hay dos maneras de espirituales, totalmente opuestos. Unos dicen que siempre se han de meditar y considerar los Misterios de la pasión de Cristo. Otros, dando en un extremo opuesto, enseñan que la meditación de los Misterios de la vida, pasión y muerte del Salvador no es oración ni aun su memoria; que sólo se ha de llamar oración la alta elevación en Dios, cuya divinidad contempla el alma en quietud y silencio.

117. Es cierto que Cristo, Señor nuestro, es la guía, la puerta y el camino, según El mismo lo dijo por su boca: *Ego sum via, veritas et vita.* (Juan XXIV.) Y que primero que el alma esté idónea para entrar en la presencia de la divinidad y para unirse con ella, se ha de lavar con la preciosa sangre del Redentor y se ha de adornar con la riqueza de su pasión.

118. Es Cristo, Señor nuestro, con su doctrina y ejemplo la luz, el espejo, la guía del alma, el camino y única puerta para entrar en aquellos pastos de la vida eterna y mar inmenso de la divinidad. De donde se infiere que no se ha de borrar del todo la memoria de la pasión y muerte del Salvador. Y es también cierto que por la más alta elevación de mente á que haya llegado el alma ha de separar del todo la santísima humanidad.

119. Pero no se infiere de aquí que el alma que está enseñada al interior recogimiento, aquella que ya no puede discurrir, haya de estar siempre meditando y considerando, como dicen los otros espirituales en los santísimos Misterios del Salvador. Es santo y bueno meditar, y pluguiese á Dios que todos los del mundo lo ejercitasen. Y deben también al alma que con facilidad medita, discurre y considera dejarla en ese estado y no sacarla á otro más alto mientras en el de la meditación halla cebo y provecho.

120. A Dios solo toca, y no á la guía, el pasar al alma de la meditación á la contemplación, porque si el Señor no la llama con su especial gracia á este estado de oración, no hará nada la guía con toda su sabiduría y documentos.

121. Para dar, pues, en el medio y en la seguridad y huir de estos dos extremos tan opuestos que ni se ha de borrar ni separar del todo la humanidad ni se ha de tener continuamente delante de los ojos, habemos de suponer que hay dos maneras de atender á la santa humanidaad para entrar por la divina puerta que es Cristo, bien nuestro.

122. La primera, considerando los Misterios y meditando las acciones de la vida, pasión y muerte del Salvador. La segunda, pensando en Él por la aplicación del entendimiento, por la pura fe, ó mediante la memoria. Cuando el alma se va perfeccionando é internando por el recogimiento interior, después de haber meditado algún tiempo los Misterios, de los cuales ya está informada, entonces conserva la fe y el amor al Encarnado Verbo, estando dispuesta á hacer por su amor cuanto le inspire, obrando según sus preceptos, aunque no los tenga siempre delante de los ojos. Como si á un hijo le dijesen que no debe nunca desamparar á su padre, no por esto le quieren obligar á tener siempre los ojos fijos en él, sino á considerarlo siempre en su memoria para atender á su tiempo y ocasión á lo que debe.

123. El alma, pues, que entró en el recogimiento interior por parecer de la experimentada guía, no tiene necesidad de entrar por la primera puerta de la meditación de los Misterios, estando continuamente meditando en ellos, porque ni lo podrá hacer sin gran fatiga del entendimiento, ni tiene necesidad de esos discursos, porque esos sólo sirven de medios para llegar á creer lo que ya llegó á alcanzar.

124. El modo más noble, el más espiritual y el más propio de estas almas aprovechadas en el recogimiento interior para entrar por la humanidad de Cristo, Señor nuestro, y conservar su memoria, es de la segunda manera, mirando esta humanidad y su pasión por un acto sencillo de fe, sumándola y acordándose que es el tabernáculo de la divinidad, el principio y el fin de nuestra salvación y que por nuestro amor nació, padeció y llegó afrentosamente á morir.

125. Este es el modo que hace aprovechar á las almas interiores sin que esta santa, piadosa, veloz é instantánea memoria de la humanidad les pueda servir de embarazo para el curso del interior recogimiento, si ya no es que cuando entra en la oración se siente el alma recogida, porque entonces será mejor continuar el recogimiento y mental exceso; pero no hallándose recogida no le impide á la más alta y elevada alma, á la más abstraída y transformada, el sencillo y veloz remedo de la humanidad del Divino Verbo.

126. Este es el modo que asegura Santa Teresa en la contemplativa y el que destierra las opiniones ruidosas de algunos escolásticos. Este es el camino recto, seguro y sin peligro, y el que el Señor ha enseñado á muchas almas para llegar al descanso y santo ocio de la contemplación.

127. Póngase, pues, el alma cuando entra al recogimiento á las puertas de la divina misericordia, que es la amorosa y suave memoria de la cruz y pasión de aquel Verbo humanado y muerto de amor. Estaré allí con humildad resignada en la divina voluntad para cuanto quisiere hacer de ella Su Majestad. Y si de esta santa y dulce memoria es luego llevado al olvido, no hay necesi-

dad de hacer nueva repetición, sino de estarse en silencio y quietud en la presencia del Señor.

128. Maravillosamente favorece San Pablo nuestra doctrina en la epístola que escribió á los colosenses, en donde los exhorta á élla, y á nosotros que si comemos ó bebemos ó hacemos alguna cosa sea en nombre de Jesucristo y por su amor. *Omne quodcumque facitis in verbo, aut in opere, omnia in nomine Domine Jesu Christi facite, gratias agentes Deo et Patris per ipsum. (Paul ad.*, Colos III, v. 17.) Quiera Dios que todos comencemos por Jesucristo y que sólo en El y por El lleguemos á la perfección.

CAPÍTULO XVII

DEL SILENCIO INTERNO Y MÍSTICO

129. Tres maneras hay de silencio. El primero es de palabras, el segundo de deseos y el tercero de pensamientos. En el primero, de palabras, se alcanza la virtud; en el segundo, de deseos, se consigue la quietud; en el tercero, de pensamientos, el interior recogimiento. No hablando, no deseando, no pensando se llega al verdadero y perfecto silencio místico, en el cual habla Dios con el ánima, se comunica y la enseña en su más íntimo fondo la más perfecta y alta sabiduría.

130. A esta interior soledad y silencio místico la llama y conduce cuando la dice que la quiere hablar á solas, en lo más secreto é íntimo del corazón. En este silencio místico te has de entrar si quieres oír la suave, interior y divina voz. No te basta huir del mundo para alcanzar este tesoro ni el renunciar sus deseos ni el despego de todo lo criado si no te despegas de todo deseo y pensamiento. Reposa en este místico silencio y abrirás la puerta para que Dios se te comunique, te una consigo y te transforme.

131. La perfección del alma no consiste en hablar ni en pensar mucho en Dios, sino en amarle mucho. Alcánzase este amor por medio de la resignación perfecta y el silencio interior. Todo es obras; el amor de Dios tiene pocas palabras. Así lo encargó y confirmó San Juan Evangelista: *Filioli mei non diligamus verbo, neque lingua, set opere et veritate.* (*Epist. I*, c. III, ver. 18.)

132. Ahora te desengañarás que no está el amor perfecto en los actos amorosos ni en las tiernas jaculatorias ni aun en los actos internos con que tú le dices á Dios que le tienes infinito amor y que le amas más que á tí misma. Podrá ser que entonces te busques más á tí y á tu amor que al verdadero y de Dios, porque obras son amores y no buenas razones.

133. Para que una racional criatura entienda tu deseo, tu intención y lo que tienes escondido en el corazón, es necesario que se lo manifiestes con palabras; pero Dios, que penetra los corazones, no tiene necesidad de que tú se lo afirmes y asegures, ni

se paga, como dice el Evangelista, del amor de palabra y lengua, sino del verdadero y de obra. ¿Qué importa el decirle con grande conato y fervor que le amas tierna y perfectamente sobre todas las cosas, si en una palabra amarga y leve injuria no te resignas ni por su amor te mortificas? Prueba manifiesta que era tu amor de lengua y no de obra.

134. Procura con silencio resignarte en todo, que de ese modo, sin decir que le amas, alcanzarás el amor perfecto, el más quieto, eficaz y verdadero. San Pedro dijo al Señor con grande afecto que por su amor perdería de muy buena gana la vida, y á una palabra de una mozuela le negó y se acabó el fervor. *(Mat.*, cap. XXVI.) La Magdalena no habló palabra y el mismo Señor, enamorado de su amor perfecto, se hizo su cronista, diciendo que amó mucho. *(Lucas,* cap. VII.) Allá en lo interior, con el silencio mudo, se ejercitan las más perfectas virtudes de fe, esperanza y caridad, sin que haya necesidad de irle diciendo á Dios que le amas, que esperas y le crees, porque este Señor sabe mejor que tú lo que interiormente haces.

135. ¡Qué bien entendió y practicó este acto puro de amor aquel profundo y gran místico, el venerable Gregorio López, cuya vida era toda una continua oración y un continuo acto de contemplación y amor de Dios, tan puro y espiritual que no daba parte jamás á los afectos y sensibles sentimientos!

136. Después de haber continuado por espacio de tres años aquella jaculatoria: *Hágase tu voluntad en tiempo y eternidad,* repitiéndola tantas veces como respiraba, le enseñó Dios aquel infinito tesoro del acto puro y continuo de fe y amor, con silencio y resignación, que llegó á decir él mismo que en treinta y seis años que después vivió continuó siempre en su interno este acto puro de amor, sin decir jamás un ¡ay! ni una jaculatoria ni nada que fuera sensible y de la Naturaleza. ¡Oh, serafín encarnado y varón endiosado! ¡Qué bien supiste penetrar este interior y místico silencio y distinguir el hombre interior del exterior!

(Continuará.)

Cada siglo ama otro dolor, porque cada siglo ve otro destino. Verdad es que las catástrofes de las pasiones no nos interesan como en otro tiempo; y las más trágicas obras maestras del pasado son de una calidad de tristeza inferior á la de nuestras tristezas de hoy. No *nos* alcanzan sino indirectamente, por lo que nuestras reflexiones y la nobleza nueva que el dolor de vivir ha adquirido en nosotros mismos, agregan á los simples accidentes del odio ó del amor que ante nosotros reproducen.—*M. Maeterlinck.*

Como debe leerse el Evangelio.

Tantas cosas raras, inverosímiles, ininteligibles y hasta contradictorias hay en la doctrina que se enseña diciendo que es la de Cristo, que no se sabe en qué sentido interpretarla.

Y en efecto, se interpreta de diversos modos: dicen unos que la Redención lo es todo; otros que lo que vale es la gracia divina adquirida por los sacramentos, y otros, que la obediencia á la Iglesia. Pero cada Iglesia atribuye luego á esta última doctrina distinto carácter: la Católica dice que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo; que el Papa es infalible y que la salvación ha de adquirirse con buenas obras; la luterana no admite nada de eso y da la fe como principal condición de la salvación; la rusa reconoce el origen del Espíritu únicamente en el Padre y cree que las obras son tan necesarias para salvarse como la fe.

Las Iglesias anglicana, episcopal, presbiteriana y metodista, sin contar otros centenares de ellas, interpretan asimismo cada una á su manera la doctrina cristiana.

Muchas veces se han dirigido á mí jóvenes y gente del pueblo que dudaban de las verdades de la doctrina eclesiástica en la cual fueron educados, para preguntarme en qué consiste *mi* doctrina y cómo comprendo la cristiana.

Semejante pregunta me aflige y hasta me ofende.

Cristo (Dios según dice la Iglesia) vino al mundo para enseñar á los hombres una regla de vida, que es la verdad divina. El hombre sencillo y cándido que quiera explicar á los demás una cosa que les importe, siempre podrá hacerlo de modo que le entiendan. ¡Y Dios, que bajó á la tierra con el exclusivo objeto de salvar á los hombres, no habrá podido explicar lo que tenía que decir de modo que todos los hombres lo comprendieran y sin que puedan interpretar sus palabras cada uno á su manera!

Imposible sería si Cristo hubiese sido Dios.

Imposible también si, aun sin ser Dios, hubiera sido un gran maestro. Un gran maestro no puede serlo sino cuando dice la verdad de tal manera que aparece clara como el sol, y no es posible ocultarla ni obscurecerla.

De modo que, en cualquiera de ambos casos, la doctrina de Cristo, tal como se nos presenta en los Evangelios, debe de ser la verdadera.

En efecto: encontrarán la verdad en los Evangelios quienes los lean con el deseo sincero de conocerla, y sobre todo sin la idea de que encierran cierta sabiduría particular, inaccesible al espíritu humano.

Así es como yo los he leído, y (según allí se dice) en ellos he encontrado la verdad, hasta al alcance de los niños. Por eso, cuando me preguntan en qué consiste mi doctrina y cómo comprendo la cristiana, contesto: no tengo doctrina alguna mía, y comprendo la cristiana según está expresada en los Evangelios. Si he escrito libros sobre esa doctrina, ha sido para probar que los intérpretes de los Evangelios la han explicado falsamente.

Para conocer la doctrina cristiana tal como es realmente, hay que empezar por no interpretar los Evangelios, sino por leerlos como están escritos. Por eso, cuando me preguntan cómo se debe juzgar la doctrina de Cristo, contesto: si queréis comprenderla, leed los Evangelios y leedlos sin ninguna idea preconcebida, con el único deseo de entender lo que dicen. Pero como el Evangelio es un libro santo, hay que leerlo con atención, método y reflexión, no á la ventura, ni dando el mismo significado á todas sus palabras.

Para ver claro un libro cualquiera, hay que separar lo que es obscuro de lo que es lúcido; después hay que fundar el concepto en el sentido y espíritu del libro entero, y después, apoyándose en lo que se ha comprendido bien, hay que tratar de explicarse los pasajes menos inteligibles ó ambiguos. Así se lee todo libro, y con más razón hay que hacerlo al leer el Evangelio, que ha sufrido múltiples transformaciones y ha sido mil veces copiado y traducido dieciocho siglos há por hombres poco instruídos y supersticiosos (1).

---

(1) Cuantos han estudiado el origen de estos escritos saben que no es el Evangelio la impecable expresión de la verdad divina, sino obra de numerosos autores y de inteligencias humanas llenas de error. Por eso no hay que aceptarlo en ningún caso como obra del Espíritu Santo, como suponen los teólogos. Si así fuera, Dios mismo lo habría revelado, como las leyes en el Sinaí, ó por medio de algún milagro habría entregado á los hombres el libro ya arreglado, como dicen los mormones que hizo con su Sagrada Escritura.

Sábese ya cómo se han redactado, reunido, corregido y traducido aquellos escritos; de modo que no sólo no podemos aceptarlos como revelación infalible, sino que, si tenemos cariño á la verdad, hemos de corregir sus errores.

Para desentrañar el sentido de los Evangelios hay que empezar por separar lo claro y limpio de lo obscuro y oculto; después hay que insistir varias veces en la lectura de lo claro, para escudriñar bien el sentido de la sencilla doctrina, y después, considerando el de toda ella, hay que tratar de comprender el de los pasajes que parezcan complicados.

Así he leído yo los Evangelios y he apreciado el sentido de la doctrina de Cristo con una claridad tan grande, que no me queda duda alguna. Aconsejo que haga lo mismo á cualquier hombre que quiera formarse de aquella doctrina idea exacta.

Subraye con lápiz azul, al leer el Evangelio, cuanto le parezca inteligible, sencillo y claro, y señale además, con lápiz rojo (en lo subrayado ya anteriormente) las palabras de Cristo, para distinguirlas de las de los evangelistas; vuelva á leer después varias veces lo subrayado con lápiz rojo. Cuando lo entienda bien, lea de nuevo las palabras de Cristo que antes no haya entendido (y que no deben de estar subrayadas) y señale con trazo rojo lo que al fin entienda. Sólo quedarán sin subrayar las palabras de Cristo cuyo sentido no haya logrado descubrir y las de los evangelistas que también aparezcan obscuras. En los párrafos señalados con lápiz rojo hallará el lector la esencia de la doctrina de Cristo, es decir, lo que es necesario á todos y ha dicho Cristo para que todos lo entiendan. Los párrafos subrayados con líneas azules representan lo inteligible de cuanto han dicho los evangelistas por su cuenta.

Es de presumir que distintos hombres subrayan párrafos diferentes, y unos verán claro lo que sea obscuro para otros. Pero seguramente todos comprenderán los puntos esenciales, y esa parte, perfectamente clara para todos, es la misma esencia de la doctrina de Cristo.

Las señales hechas por mí en mi Evangelio indican lo que mi entendimiento ha alcanzado.

León TOLSTOI

POR LOS LIBROS Y REVISTAS

«Vislumbres de ocultismo», por C. W. Leadbeater.

La Biblioteca Orientalista, que con tanto acierto dirige en Barcelona nuestro hermano el Sr. Maynadé, acaba de publicar la preciosa obra de C. W. Leadbeater *Vislumbres de ocultismo*.

Ha sido una buena y excelente idea, porque se ha realizado así una gran necesidad hace tiempo sentida por todos los teosofistas que hablan nuestra lengua. Sin que se quiera decir que hay un exclusivismo, que desde luego no cabe en la posesión de las ideas teosóficas, la obra de este gran expositor, por su carácter popular y asequible para todas las inteligencias, es entre nosotros uno de los mejores medios de difusión de las enseñanzas teosóficas.

La exposición es clarísima, de gran sencillez, y el punto de partida uno de los más oportunos para proceder á la enseñanza entre los latinos, entre los que es fácil, por una viveza de carácter que puede disculpar todos los errores, pasar de un extremo á otro en cualquier orden de ideas sin detenerse en el justo medio ó en una actitud prudente y tolerante.

Vislumbres de ocultismo tendrá, pues, un éxito seguramente mayor que todas las obras que de este autor se han traducido al castellano. El capítulo consagrado á la formación del carácter, y el que se refiere á la teosofía en la vida diaria, merecen leerse con detenimiento para aplicarlos á la práctica.

Es, además, la obra de Leadbeater una de las mejores y más clásicas que se han escrito sobre enseñanza y exposición, y puede justamente figurar como indispensable en la biblioteca de todo teósofo. Al recomendarla al público lo hacemos tanto para propagar su lectura como para premiar como se merecen los desvelos de su autor, á quien tanto debe la Teosofía en su calidad de pensador y habilísimo maestro.

La inferencia religiosa en Europa.

Un modestísimo y fecundo escritor francés, Mr. H. L. Follin, ha publicado recientemente en la casa Fischbacher un libro interesante que, por las condiciones humildes de su publicación, no atrae á buen seguro el número de lectores que merece.

La obra no puede ser, sin embargo, ni más interesante ni más simpática. Es una obra ingenua, escrita de buena fe, con más fe, desde luego, que los famosos ensayos del juez de Bordeaux, ese libro que ha quedado como la más espiritual biblia de los escépticos y de los moralistas independientes. En *La religión d'un père, entretiens paternals sur le catechisme* Mr. Follin aborda el examen de la situación religiosa de la familia en Francia, esa situación tan general donde impera la mayor desorganización de las conciencias. La mujer practica, por ejemplo, el cristianismo; el marido es casi siempre un pensador negativo ó un librepensador que exteriormente practica lo más saliente y universal del culto, el matrimonio, el bautismo de los hijos, la recepción de la bendición apostólica, etc., etc.; y los niños, recibiendo la influencia de la madre en un principio, la abandonan más adelante para vivir en la más absoluta indiferencia espiritual y religiosa.

El caso de la hija de Mr. Jaurés, el *leader* de los socialistas franceses, es bastante elocuente, pero no es algo que pueda invocarse en realidad como típico de la indiferencia religiosa en Francia. La hija del gran tribuno ha hecho su primera comunión en una iglesia donde el padre no ha penetrado nunca. El hecho se asegura que no tiene importancia; se añade á veces que es una prueba de tolerancia, de verdadera tolerancia. No es cierto; la tolerancia sólo puede existir entre dos personas verdaderamente enteradas de sus ideas religiosas que se las soportan sin discutirlas. Un niño que fuese circuncidado dentro de una familia protestante indicaría respecto de su familia lo mismo que la señorita Jaurés en la suya, no tolerancia, sino indiferencia.

Mil casos como el de Jaurés podrían citarse entre nosotros, y para no citar casos personales recordaremos en general el nuestro, análogo al de muchos radicales franceses: Muchos hijos de los mayores revolucionarios nuestros, y muchos hijos de ellos, se educan todavía en colegios y pensiones de las órdenes religiosas. El hecho no se debe á la tolerancia, sino al descuido, al egoísmo de no preocuparse por el espíritu de los hijos ó de la esposa.

Esta indiferencia es una de las causas de la decrepitud y decadencia de la raza latina, y ha influído más sobre ella que todos los factores económicos que se sacan á relucir siempre que de

nuestra decadencia se habla. En Italia, en España y en el sur de Francia la religiosidad es una actitud estética que en los niños sirve para hacerlos menos bulliciosos en la casa cuando los mayores trabajan; en las mujeres para hacerlas más resignadas en el apartamiento en que viven dentro de la vida de familia, y en el pueblo es como un freno, el más económico en apariencia, contra el inevitable desorden de las multitudes. Y así con esa pretendida religiosidad se acobarda á los niños, se abandona á las mujeres y se embrutece á las masas.

El remedio que propone Mr. Follin es que sólo constituyan familia las personas de ideas semejantes, un ser tan racional es poco menos que imposible dentro de la indiferencia general en que se vive. Lo principal parece en toda relación entre los sexos la conquista de un corazón más ó menos poseído de entusiasmo. Y lo principal sería procurar la conquista completa de la voluntad, y lo mejor en este caso es que el amor sea la mejor y más amable de las enseñanzas. La esposa ha de ser el discípulo amado del esposo. Pero este proceder no puede ser el término de esa mentida tolerancia que consiste en permitir todos los males; sino de la verdadera práctica de la Teosofía en la vida. Así, si Mr. Follin hubiera conocido á su tiempo las enseñanzas teosóficas, no hubiera escrito esa obra simpática, sí, pero inútil, porque el problema está resuelto y lo esencial es aplicar la verdadera solución al caso: ser tolerantes, pero no indiferentes.

Hay tolerancia en la prolongación del plazo de una deuda; pero sólo por buen humor puede decirse que es tolerante el que deja que se la satisfagan en moneda falsa.

Las Revistas. *The Theosophical Review* publica, entre otros trabajos de relevante interés, uno sobre *El tercer objeto de la Sociedad Teosófica* (el estudio de las leyes inexplicables de la Naturaleza y de los poderes latentes en el hombre), debido al capitán C. Stuart-Prince, que reproduciremos en uno de nuestros próximos números, y otro no menos notable de J. S. B. sobre *Las jerarquías creadoras.*

La *Revue Theosophique française* prosigue la traducción de *La genealogía del hombre,* de Annie Besant, y *Las pirámides de Egipto,* de A. P. Sinnet; publica también un interesante artículo del meritísimo G. R. S. Mead *Sobre el término «Loges».*

En el número de Abril de la *Theosophical Quarterly,* de New-

York, Henry Bedinger Mitchett publica un concienzudo trabajo sobre *El sentido de lo infinito.*

En el *Diario da Tarde*, de Curityba (Panamá), vemos que se consagra un cariñoso recuerdo á H. P. Blavatsky con motivo del día del Loto Blanco, trabajo que suscribe Leite Junior, uno de los intelectuales más potentes de aquella República.

The Theosophist publica, entre otros trabajos, un precioso artículo de Annie C. McQueen, sobre *La Oración* y otro sobre la religión de la ciencia, de N. K. Ramasamy Aiya.

ARIMÍ

Notas, Recortes y Noticias.

La incorporación de la Sociedad Teosófica.

En el número pasado dimos cuenta á nuestros lectores de que había sido incorporada oficialmente en la India la Sociedad Teosófica.

Este hecho es de la mayor transcendencia, porque le da una personalidad civil precisamente en el país donde tiene su sede central. La Sociedad Teosófica puede así, desde ahora en adelante, recibir legados y tener bienes propios sin necesidad de servirse de otras entidades ó personas jurídicas.

Los estatutos de la Sociedad, adaptados al nuevo estado, no difieren en nada de los ya establecidos y serán sancionados en la próxima asamblea general.

Este acto tiende á afirmar más y más sobre buen terreno la Sociedad, y es de creer que las secciones existentes en otros países imiten esta conducta.

La nueva religión rusa.

El ansia de una fe, la imperiosa necesidad de un nuevo credo que se siente en todas partes, ante la indiferencia que produce la actual desviación cristiana, se ha manifestado recientemente en Rusia.

El Conde de Soissons describe en *Contemporary* una nueva secta que ha fundado en San Petersburgo un periódico llamado *Novyj Put (La Nueva Senda)*. Es una secta cristiana, según el concepto de Vladimiro Solovieef, el místico que murió el año 1900. «Uno de los artículos de su credo parece ser el fundar la

Iglesia Cristiana nacional, no como ahora existe, sino como el ideal del futuro, la aspiración y el fin de toda la evolución cristiana. Hacen una distinción entre el verdadero cristianismo que está por venir y el cristianismo histórico que, según ellos, nunca ha realizado el ideal enseñado por Cristo, sino que sólo ha señalado el camino para él. Hay en el *Novyj Put* considerables diferencias con respecto al dogma.»

Las relaciones que unieron por un momento á Solovieef con H. P. Blavatsky, son demasiado conocidas para que las recordemos á nuestros lectores. Por lo demás, *La Nueva Senda* cuenta ya algunos años de existencia, aunque no se haya declarado oficialmente, por decirlo así, hasta ahora. La famosa obra del filósofo ruso *La Russie et l'eglise universelle*, ha sido el punto de partida de la nueva capilla.

La actual crisis cristiana. La inquietud que experimentan en el presente casi todos los credos cristianos, es muy digna de tenerse en cuenta, y así vemos que en diferentes formas y desde distintos puntos de vista se estudia y se consigna en muchísimas publicaciones de importancia.

En *Dublin Review*, John Freeland demuestra que el retroceso actual de los anglicanos á las doctrinas de los primeros siglos del cristianismo, es mucho más importante de lo que los anglicanos piensan. Si se aceptan esas doctrinas, se practicarán muchas cosas realizadas en aquel remoto período que los anglicanos han desdeñado durante tres siglos y que los católicos profesaron en cambio, á saber: el culto de los santos y la creencia en su intercesión; la veneración de las reliquias y la creencia en su poder milagroso; el uso del signo de la cruz y la veneración de él; la adoración especial á María, como Madre de Dios, los altares, las misas, los vestuarios, el agua bendita y la presencia real del cuerpo y la sangre en la Eucaristía. El escritor describe la alarma que se armaría si los obispos anglicanos de hoy empleasen el lenguaje que sobre estos asuntos usaron los Padres de la Iglesia de los seis primeros siglos.

Lo que pasa entre los anglicanos no es, sin embargo, como ya se ha dicho, una cosa peculiar de ellos, como el mismo Mr. Freeland parece suponer en su estudio. Todas las disidencias que aparecen en estos momentos dentro del catolicismo romano buscan lo mismo.

En la república de Chile ha surgido recientemente un espíritu independiente que, herido en lo más íntimo, se inquieta por la corrección de la fe.

El Lutero chileno es D. Juan José Elizalde, sacerdote católico que ha sido hasta hace poco, acatando la autoridad del pontífice romano.

Hoy se propone fundar la Iglesia nacional chilena, independiente de Roma. Por el momento ha establecido una Institución que se titula *Centro de todas las almas,* y que se propone:

1.° Abrir una escuela nocturna gratuíta para el proletariado.

2.° Formar una biblioteca popular.

3.° Publicar un periódico titulado *La Luz del Pueblo.*

4.° Administrar *gratuitamente* el bautismo y el matrimonio eclesiástico, previo el cumplimiento de las leyes de registro y matrimonio civil.

5.° Dar periódicamente conferencias ilustrativas, destinadas á instruir, moralizar y desfanatizar al pueblo.

Nueva revista. Hemos recibido el primer número de la revista bonaerense *La Verdad*, que se publica en Buenos Aires, consagrada á la ciencia, á la filosofía y á la religión. Dicha publicación acoge como lema las siguientes palabras de Annie Besant:

«De tal filosofía, de tal ciencia y de tal religión están hambrientos el corazón y el cerebro de la humanidad actual; y este hambre explica el anhelo con que la opinión pública se ha sentido impulsada á investigar las enseñanzas de la *Sabiduría Antigua.*»

El cuerpo del número lo constituyen trabajos de H. P. Blavatsky, A. P. Sinnet, Eliphas Levy, etc.

Una superchería. La revista teosófica de Caracas (Venezuela) *Dharma*, llama la atención del público sensato contra el anuncio del famoso Instituto de Ciencias, de Nueva York, Dept. 133. E. Rochester, que de un modo tan á la americana ha sido anunciado en todo el mundo.

La cosa es demasiado burda y de una insensatez tan sublime, que nadie que tenga dos dedos de sentido común ha de creerla.

Hace dos años se dió á conocer el famoso Instituto (?) en España por medio de sus pomposos anuncios. Se ofrecían en ellos, y se siguen ofreciendo todavía, curas completas de hipnotismo y magnetismo por seis pesos oro americano, mediante cuya cantidad todo se logra.

El folleto que tenemos á la vista dice á la letra lo siguiente, como elogio y explicación suprema del asunto. Por el desarrollo del magnetismo personal puede obtenerse absolutamente todo. «El magnetismo personal puede ser exhibido en diferentes formas. Por esta cualidad un hombre, sin decir nada, le puede hacer á usted comprar un ladrillo por oro. Otra persona que tenga el magnetismo en cantidad, le puede persuadir á votar en contra de sus deseos. Algunos hombres lo tienen en si por su postura, gestura y acción, otros lo tienen en su conversación y aun otros en sus miradas.»

Como se ve, es tan industrial y tan poco serio todo ésto, que en el castigo lleva la penitencia. Es lástima que alguien pueda ser sorprendido por el aparato externo de ciencia y de lujo que adorna á esta propaganda ridícula; pero no es de creer que ocasione tanto perjuicio como cree nuestro colega venezolano, porque la magnitud de las ofertas y el mismo curso superior que por los seis pesos oro remiten desde la dirección del Instituto, destruyen en seguida todo el engaño.

Debemos advertirlo, sin embargo, para que no haya ni una víctima.

Un fenómeno extraño. El profesor Garret P. Serviss relata lo siguiente en el *American Journal Examiner*:

«Estando comiendo una noche, vi entrar un caballero el cual tomó asiento en una mesa frente á la mía. Despreocupadamente miré en esa dirección, y acertando á ver á este señor de perfil, reconocí con asombro que el parecido era idéntico en todos sus detalles con el de una copia en yeso que se había hecho de uno de los moldes encontrados en las ruínas de Pompeya, dejados por víctimas en las cenizas que se han solidificado después, y del cual se habían tomado copias perfectas en fotografía. En mis estudios había tenido ocasión de observar cuidadosamente el yeso en todos sus detalles, fijándome en toda su expresión y lineamientos característicos y aquél que tenía delante era la reproducción exacta de todas las facciones, forma del cráneo (el

señor era calvo y podía así apreciarlo exactamente), el contorno de los pómulos, mentón, etc.

»Para colmar mi asombro, el caballero, al alcanzar á verme, se levantó sonriendo y me extendió la mano, recordándome que le había encontrado en Dake George, punto en el que no he estado nunca.

»La misma noche soñé que era transportado á una región lejana y reconocí las faldas del Vesubio, que desaparecían á lo alto entre nubes negras, coloreadas algo por el fuego. A su alrededor, las calles y casas de Pompeya, tal como se presentan al explorador hoy, pero tenían sus techos, y las calles estaban llenas de gente que corría despavorida hacia las puertas de la ciudad. Un ruído espantoso llenaba el espacio y enormes cantidades de cenizas caían cubriendo el suelo y las casas, que á veces se balanceaban y caían aumentando el terror general. De repente vi salir del pórtico de una espléndida mansión á un hombre, el mismo del molde y copia de yeso, idéntico á mi vecino de mesa. Corría á toda velocidad. En sus brazos llevaba algo, sin duda algún tesoro que quería salvar de las ruínas. Mientras así corría, una voz le llamaba «Quintus», pero él parecía no oirla. La obscuridad aumentaba, las cenizas caían espesa y rápidamente. El hombre cayó y se levantó varias veces; pero por fin cayó de nuevo de frente y no se levantó más. El tesoro que había tratado de salvar rodó á distancia, y pronto, lo mismo que su dueño, estaba cubierto de cenizas.»

R.

Nuestro nacimiento no es más que un sueño y un olvido; el alma, estrella de nuestra vida que con nosotros sale, se ha puesto antes en otra parte, y viene de muy lejos. Nosotros ni completamente faltos de memoria ni totalmente desnudos, sino arrastrando nubes de gloria, venimos de Dios que es nuestro hogar.—*Wordsworth.*

La doctrina de la metempsícosis es en gran manera acreedora á ser considerada como creencia natural ó innata en la mente humana, á juzgar por su extensa difusión entre las naciones de la tierra y su predominio á través de los siglos históricos.—Prof. *Francis Bowen.*

BIBLIOGRAFÍA

Confucio.—*Los grandes libros.*—Vol. 73 de la Biblioteca Económica Filosófica. Madrid. Magdalena, 9.

Debe muchísimo la juventud española al Sr. Zozaya, que por la publicación de esta biblioteca ha despertado el amor y la afición á los estudios filosóficos. Su labor es meritísima, y reconociéndolo así se le premia como merece; pero hace mal en publicar las obras incompletas y en tan deplorables condiciones tipográficas. Estropea toda su hermosa labor y es una lástima, verdaderamente una lástima. Este tomo de *Los grandes libros*, de Confucio, acredita cuanto decimos. Es incompleto y está hasta pésimamente presentado.

Perdónenos nuestro amigo esta franqueza; pero esto es cuanto debemos á los verdaderos amigos, cuyo bien es de ellos solos y cuyas equivocaciones lamentamos antes que nadie.

R. U.

Biblioteca Internacional de Psicología Experimental, Normal y Patológica, dirigida por el Dr. Toulousse. Daniel Jorro, editor. Paz, 23; Madrid

En diferentes ocasiones hemos elogiado la meritísima labor del editor Jorro, que contribuye como muy pocos y de un modo eficacísimo á nuestra cultura. La biblioteca filosófica que desde unos años á la fecha viene publicando, es una gran obra de moral y patriotismo, una obra que merece alentarse y para la cual todo encomio es pequeño en un país como el nuestro que empieza á despertar á la cultura mundial.

Espíritus descontentos que, felizmente para ellos han pasado á una cultura superior, como el profesor Unamuno, renovando una inquina que primeramente sintió entre nosotros el dominico y filósofo cardenal Ceferino González, ven con malos ojos que se popularicen las obras que ha editado la casa Alcan. ¿Por qué? Ni el cardenal Ceferino hubiera sabido la poca filosofía que supo ni el mismo Sr. Unamuno sabría la mucha que sabe si los libros de Alcan se hubieran empezado á publicar ahora. Es una injusticia. Bain, Spencer, Kant, Schopenhauer, Roberty han penetrado en España cuando aquí no se sabía inglés, alemán ni ruso, gracias á las traducciones francesas. Ha habido un momento, y está felizmente terminando, en que si Francia hubiese por un trastorno del planeta desaparecido del mapa, en

España habríamos vuelto á la barbarie por no tener comunicación con Europa

La obra del editor Jorro vale más de lo que puede creerse, infinitamente más. Imparcialmente no podrá por menos de reconocerse que deben más nuestros jóvenes á los editores Jorro, Valenti Camps, de Barcelona; Zozaya, de Madrid, y al director de *La España Moderna* que á todos los catedráticos de la Península, los hombres del programa quieto y del texto carísimo.

Una idea excelente ha sido, pues, esta de editar en castellano la *Biblioteca de Psicologia Experimental*, de la que lleva el Sr. Jorro editados tres tomos: *La imaginación*, de Dugas, *El carácter*, de Malapert y *La Moral*, de Duprat

Y una idea bonísima sería que el meritísimo editor publicara una colección económica de los mejores filósofos españoles, porque ya está el público preparado para recibir estas cosas, que son de verdadera urgencia.

Rafael URBANO

J. Plana y Dorea.—*Bastides y Pedruscall.*—1 vol.—Barcelona. Fidel Giró.

Nuestro amigo y hermano el Sr. Plana y Dorea ha coleccionado en estas páginas que modestamente titula *Andamios y pedruscos (Bastides y pedruscall)* sus poesías en lengua catalana.

En la primera parte, la mayor parte de ellas —*Andamios*—, tienen un tinte y sabor teosófico que no podemos por menos de alabar. Hay una versión de un capítulo del *Bhagavad Gîta* que está divinamente hecha, y una composición titulada *Karma* que nos revela un verdadero poeta.

La segunda parte de la obra es de menos valor estético porque está constituída por aforismos rimados, cuyo mérito está más en el fondo que en la sencillez de la forma.

Trabaje y prosiga por esa senda nuestro amigo, que en ella puede obtener con poco esfuerzo un brillante resultado personal y un gran beneficio para el público, porque ya tiene la gran condición que necesita el verdadero poeta: la de tener que decir, la primera y acaso única, como ha dicho el famosísimo Emerson.

U. G.

Artes Gráficas, J. Palacios, Arenal, 27.